

MAGNUS[®]

Para Todos.

REVISTA DE SEXUALIDAD Y EROTISMO PARA EL PROFESIONAL MÉDICO

EDITORIAL

Sildenafil y Jet Lag

ASFIXIA ERÓTICA

Por Miguel Grinberg

GRISELDA Y ANÍBAL

por Laura Cesanelli

NÚMERO 38 / 2012



MARÍA DE LAS ANGUSTIAS

Por Enrique Quaglia

MANJARES

Lenguado & Feromonas

SEXO Y CRUELDAD INFINITA

Barba Azul, la pesadilla
Por Eduardo Rojas

TANTRA

El acto sexual. Penetración II


SIDUS

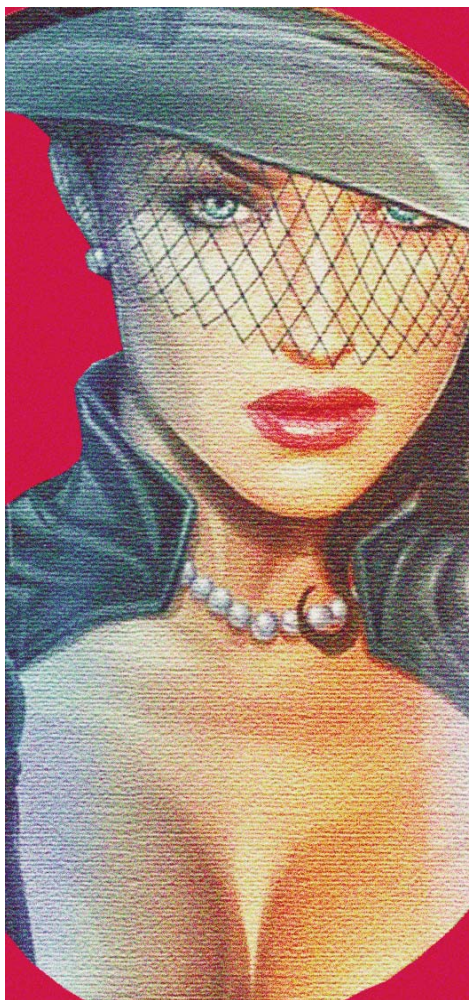
Viuda feroz

POR ENRIQUE QUAGLIA

Ederico Firpo Bodner nació en 1974 en Montevideo, se crió en Buenos Aires y se hizo escritor en Barcelona. Acaba de presentar en una galería de arte de San Telmo su segunda novela, "Matalobos", una historia atrapante centrada en la figura –inolvidable para el lector– de una inmigrante española arribada a la Argentina a principios del pasado siglo: María de las Angustias Matalobos, mezcla de madraza, *femme fatale* y viuda negra, indudablemente superdotada para el amor y capaz de modificar el curso de los acontecimientos con una sola mirada o un mohín oportunos.

El reciente ganador del Premio Alfaguara, Leopoldo Brizuela, supo rescatar en la presentación de "Matalobos" un raro atributo de Firpo, el de la búsqueda del humor, tan subvaluado entre los escritores jóvenes rioplatenses. Tal vez sea este ingrediente el responsable central de la agilidad narrativa de la novela, pero no caben dudas que el erotismo juega también un papel central en el relato.

Los episodios de doña María de las Angustias con sus ocasionales amantes del Nuevo Mundo revelan una notable sensibilidad y un conocimiento del "tempo femenino" por parte del autor, también confeso apasionado del cine, la ciencia ficción, la tecnología, los dibujos



animados y "los aparatitos inútiles y caros". Actualmente Firpo está terminando su tercera novela, "Álgebra maldita".

"Matalobos" comienza con este párrafo: *"En 1919 el puerto de Santa María del Buen Ayre no era un buen lugar para una mujer. Ni siquiera para una mujer a quien sus dos hijos pequeños, un atuendo negro y discreto tocado por un velo que le cubría sutilmente el rostro, y algún dinero, daban un aire de viuda joven y respetable"*. Pero bueno, vayamos a lo que el lector está seguramente esperando. Aquí algunos de los pasajes empáticos con nuestra revista, que al fin de cuentas dice ocuparse del erotismo. Con ustedes Firpo (para sus amigos *Pilo*) y su dama hispana.

ELLA LO BESÓ TIERNAMENTE EN LOS LABIOS, Y ANTES DE APAGAR LA LUZ PARA REZAR, ENVUELTA EN UN CAMISÓN DE SATÉN, LE DIJO SUAVEMENTE AL OÍDO, ROZÁNDOLE APENAS EL LÓBULO DE LA OREJA CON LOS LABIOS: “BUENAS NOCHES TENGA USTED, MI CAPITÁN”.



FRAGMENTOS DE “MATALOBOS”

El Capitán Justo Rafael Ayala levantó la vista, y aunque a sus cuarenta y dos años se conservaba soltero y se creía a salvo de las trampas del corazón, por primera vez en su vida, al ser literalmente traspasado por la mirada amatista de María de las Angustias, supo sin lugar a dudas que todas sus armas no le servirían para oponer resistencia a esa mujer. (...)

...

—Capitán del Ejército de Tierra Justo Ayala. A su servicio, señora—. Aunque el Capitán lo ignoraba en ese momento, la frase que acababa de pronunciar se transformaría pronto en la verdad más absoluta que diría jamás. (...)

...

El Capitán era un hombre fuerte, adiestrado para enfrentar lo difícil, de carácter decidido y seguro de sí mismo, pero el mundo femenino le resultaba hostil, poco previsible. (...) No funcionaban las estrategias ni los ataques francos, había que ser sutil, complicado, sofisticado.

...

Angustias se había empleado a fondo para enloquecer al Capitán, y si bien no le había permitido compartir su cama antes de la boda, se entregaba con frecuencia a prolongadas sesiones de besos y manoseos en el salón, una vez que el servicio se hubiese retirado. El Capitán

sudaba con profusión, atormentado por los vapores narcóticos de la calefacción de keroseno. Luchaba con torpeza durante treinta o cuarenta minutos con los pollerines de encaje y los miriñaques de alambre. Angustias calculaba cómo urgirlo, inventaba cómo desquiciarlo, improvisaba cómo atormentarlo. Lo besaba en el cuello, con mordisquitos traviosos de besadora experta. Más de una vez inició una masturbación lenta, frotada sobre la tela de los pantalones del Capitán, y convenientemente interrumpida antes de que el militar alcanzase el climax. En esas ocasiones Angustias se ponía de pie súbitamente, y visiblemente sonrojada, invocaba en voz alta a Dios... (...) Durante estos meses, consiguió que el Capitán adelantara en dos ocasiones la fecha de la boda. (...)

...

La noche de bodas fue en la suite nupcial del Hotel Plaza de Buenos Aires. (...) El Capitán Ayala esperaba un encuentro sexual prolongado, que durase buena parte de la noche, de acuerdo a los escauceos de los meses previos, y le aliviase de las urgencias acumuladas. Sin embargo, Angustias se quitó su vestido de novia con facilidad, desvis-

>

PARA TODOS

PÁG. 9



tió al Capitán sin ninguna clase de ceremonias y lo sometió a un asalto rápido y decepcionante, durante el que lo cabalgó sin quitarse del todo las enaguas de recién casada. Preocupada porque era perfectamente consciente de que estaba ovulando, lo hizo terminar sobre las sábanas con una paja rápida, precisa, profesional y eficiente. Mientras el Capitán recuperaba el aliento, pensando en volver a intentarlo con más fortuna, ella lo besó tiernamente en los labios, y antes de apagar la luz para rezar, envuelta

en un camisón de satén, le dijo suavemente al oído, rozándole apenas el lóbulo de la oreja con los labios:

—Buenas noches tenga usted, mi Capitán.



Los últimos invitados en llegar fueron el Sargento Primero Lucio Campagnuolo y su joven prometida, Beatriz. (...)

—Es usted demasiado galante, Sargento—. Le dijo Angustias, mientras apuntaba su mirada violeta al centro de los ojos del joven oficial—. (...) Acompañeme, por favor, Sargento.

Ya en la cocina, Angustias pidió al Sargento que sostuviese en alto un jarrón, mientras con una jarra de cristal vertía agua en su interior. (...)

—¡Pero qué torpe soy! ¡Lo siento muchísimo, Sargento! —exclamó María de las Angustias, mientras el contenido casi completo de la jarra se derramaba sobre la camisa blanca del militar—. ¿Puedo llamarlo Lucio? Mire cómo se ha puesto. Por favor, acompañeme a las habitaciones del Capitán. Le prestaré una camisa. (...) No aceptaré un no por respuesta. (...) Angustias lo tomó de la mano y tiró de él hacia las escaleras que daban acceso a la primera planta...

—Esto no está bien, doña Angustias—. El Sargento hizo un gesto, sin demasiada convicción, de apartar las manos que desabrochaban su camisa mojada.

—Claro que está bien, Lucio—. Replicó ella, acaramelada e insistente—. No me dirás que no te gusta...

—Sí, claro que me gusta, doña Angustias, pero...— Angustias cortó el intento del Sargento con un beso profundo en los labios, mientras con las manos lo buscaba donde esperaba encontrarlo. (...) Con un gesto gracioso desabotonó la bragueta del soldado, y sin más preámbulos ni palabras, lo miró profundamente a los ojos, lo besó tiernamente en el pecho y se arrodilló ante él para saborearlo con verdadera gula.

